

RECORDANDO A DON PATRICIO

Carol Pinto-Agüero Barría
Sesión Directorio ACHEI
Lunes 19 de Mayo del 2016

Estimada y Estimados Colegas:

Hoy - lamentablemente - se cumple exactamente un mes desde que Don Patricio, el Presidente de la República Aylwin Azócar, nos dejara.

Nuestro Presidente me ha encomendado el honroso, pero a la vez delicado, cometido de invitarlos a compartir un breve recuerdo de su destacada personalidad y de su trascendente Obra.

Evidentemente es difícil agregar algo más a todas las encomiásticas apreciaciones de lo que fue e hizo Don Patricio, expresadas por personeros del más amplio y diverso espectro político, social, económico, y cultural del país, a las que se han sumado elogios de relevantes líderes actuales o pasados del exterior.

Por lo demás, creo que toda palabra sobra al lado de lo que es la más elocuente muestra de reconocimiento con que, en generalizado recogimiento y multitudinaria espontánea asistencia a las ceremonias del Funeral de Estado - que se le brindara - acudió a despedirlo la ciudadanía.. que supo valorar su estatura de Estadista y su acendrada calidad de cabal Ser Humano.

Esta notable y positiva reacción ciudadana - que evoco- constituyó una pausa de pacificación de los espíritus y de unidad nacional en el crispado clima político y social que el país está viviendo desde hace algún tiempo a esta parte. Este hecho llevó a más de alguien a emular el efecto del deceso de Don Patricio a lo ocurrido con el Cid Campeador.

No obstante lo que he dicho respecto a lo innecesario de las palabras cuando hay acontecimientos tan elocuentes como la precitada reacción de la ciudadanía ante su fallecimiento, me permito revisar junto a Uds. sólo algunas de las múltiples consideraciones que se consignaron en los medios; en unos casos, por la sustancia de las mismas; y, en otros, por ser emitidas por quienes fueron adversarios o acérrimos críticos de Don Patricio cuando él destacó como líder de fuste en la vida política nacional.

Es así que Juan Pablo Lira en el Homenaje, que le rindiera en el Consejo permanente de la OEA, expresó.

“Falleció a los 97 años de edad don Patricio Aylwin Azócar, nacido en Viña del Mar en 1918, quién provenía de una típica familia de clase media chilena. Hijo de Magistrado del Poder Judicial (quién llegara a ser su Presidente) y de dueña de casa, Aylwin sin vivir premuras ni sufrimientos, en cambio aprendió a vivir en el rigor de una familia esforzada, de empuje y en donde la educación universitaria era una meta muy apreciada”

... la política con mayúsculas se encuentra tremendamente cuestionada, depreciada, desprestigiada, con todos los riesgos que ello implica y conlleva. Destruir –a no dudarlo- es mucho más fácil que construir. Por ello que, ejemplos de vida como los de Patricio Aylwin, pleno de austeridad personal, pleno de convencimiento de los valores de la democracia, pleno de sentido de servicio a sus conciudadanos, nos deben servir de ejemplo para recordar que las crisis son por esencia pasajeras, pero que por lo mismo debemos luchar denodadamente, por preservar los valores de la democracia, de los DD.HH., y que cada ciudadana o ciudadano merece el trato digno de parte del Estado y de todos los agentes sociales, que se merece cualquier ser humano”

A su vez, Agustín Squella, en su columna habitual, escribió:

“Una imagen de la mañana de su muerte me impresionó sobremanera: la de sus cinco hijos saliendo al encuentro de la prensa apostada frente a la casa del ex Mandatario en una calle cualquiera de Providencia. ... el recuerdo que guardaré es del aspecto, vestimenta, gestualidad y expresión fácil de sus hijos. Sobrios, tranquilos, austeros, contenidos – seguro que así lo habría querido su padre – trajeron de vuelta la imagen de un país que en alguna medida hemos perdido ante la embestida de la banalidad, la estridencia y el lenguaje procaz y lacrimoso que impera en nuestros días.

En esta imagen familiar, en absoluto estudiada y menos producida, estaba la herencia de la virtud que es propia de la República.

Por su parte el Cardenal Ezzati en su Homilía dijo:

“(Su Muerte) ha dado ocasión para una manifestación transversal de respecto como pocas veces en nuestra historia, Me han impactado profundamente las muestras de amistad cívica. Si la historia de su vida nos ayudó a reencontrarnos, la hora de su muerte sella en nosotros la fraternidad lograda. Es una necesidad imperiosa de la hora presente; es el camino que deben encabezar las nueva generaciones”.

En tanto Max Colodro planteó:

“Parafraseando al poeta, a veces es sólo ante la inminencia del abismo que puede vislumbrarse un destello de esperanza, una fuerza ignota capaz de provocar aunque sea una tímida inflexión. En efecto algo de eso salió a la superficie con el fallecimiento del ex Presidente Aylwin: algo como un velo que se corre dejando ver un Chile casi olvidado, con signos sorprendentes de unidad y respeto ante una trayectoria de vida.

Más allá del juicio sereno sobre su trayectoria efectiva, ese que sólo el tiempo irá haciendo posible, su despedida pública consiguió sacar al país de un clima enrarecido, dejando a un lado las tensiones y conflictos que lo aquejan. Aunque fuera por un instante, un sector significativo de chilenos pudo compartir un legado humano y político, sin poner en primer plano las querellas indelebles en que esa vida estuvo envuelta”.

Sergio Melnick, que sin duda fue un adversario, escribió:

En su muerte “el ex Presidente Patricio Aylwin ha sido objeto de un gran homenaje nacional no visto hace mucho tiempo. Visto por los ojos de la historia, más que la contingencia, sin duda merece todos los elogios y más.”

Andrés Velasco en “La Nación” de Argentina publicó:

“En un continente de líderes de palabras estruendosas, Patricio Aylwin, quien condujo a Chile de la dictadura a la democracia en 1990, constituía una rareza: un profesor universitario de voz suave, cuya pasión era el estudio de los aspectos más abstrusos del derecho administrativo. Su legado arroja luz sobre lo que deberían hacer los líderes latinoamericanos moderados si es que han de tener éxito”

Y como lo recordó nuestro Director Raúl Allard:

En su discurso en el Estadio Nacional, abogaba por un Chile “libre justo y democrático”. Una nación de hermanos que requería “de la tolerancia a las opiniones divergentes y la tendencia a no extremar los conflictos, sino lograr resolverlos mediante decisiones consensuadas”.

En ese mismo discurso demostró que, junto a sus acendradas características de prudencia en todo su actuar, poseía un decisivo coraje para expresar lo que firmemente creía, aun cuando tuviera que arrostrar un ambiente hostil, como lo fue cuando dijo:

Es hermosa y múltiple la tarea que tenemos por delante: restablecer un clima de respeto y de confianza en la convivencia entre los chilenos, cualesquiera que sean sus creencias, ideas, actividades o condición social, sean civiles o militares,

E, interrumpido por abucheos desde algunos sectores de las graderías del estadio, reafirmó con vigorosa energía:

Sí señores, sí compatriotas, civiles o militares: ¡Chile es uno solo!

Dando así completamente vuelta el ambiente con el atronador aplauso con que fue recibida su reacción.

También una impresión personal: Poseía la excepcional capacidad, en alguien que tiene que tratar con miles de personas – que sólo también pude apreciar en Don Eduardo – de recibir con genuina calidez a quienquiera que tuviera una entrevista o reunión con él por poca que fuera su relevancia, sin manifestación alguna de la superioridad de su posición, y demostrando auténtico interés por lo que se le planteara, aunque tuviere que estar ocupado por asuntos mucho más importantes.

Finalmente, como nos lo recordó nuestro Presidente, su apoyo fue una piedra ciliar para la constitución de ACHEI.